

Ana María Amado

La malavida. Dirección: Hugo Fregonese. Intérpretes: Hugo del Carril, Víctor Laplace, Soledad Silveyra, Ignacio Quirós, María Rosa Gallo, María Vaner. Producción: Gilberto Forti Glori, Argentina, 1972.

En la década de los 20s, Buenos Aires era uno de los centros mundiales de mayor predicamento en el oscuro negocio de la trata de blancas. Franceses, polacos, alemanes, rusos, y varias nacionalidades más manejaban, en connivencia con las más altas autoridades nativas, altísimas sumas provenientes de la manipulación de miles de "casas de citas" diseminadas a lo largo y a lo ancho del país.

Mujeres secuestradas de distintos países eran llevadas en tráfico clandestino y luego vendidas en subastas con ese mismo carácter, a la que asistían —bastante libremente—, diputados, senadores, y representantes de la más rancia aristocracia local. Algunos de ellos eran protegidos por el nombre de la "Polklan" (una sociedad supuestamente humanitaria "de socorros mutuos"), cuyos jefes polacos tenían no sólo cementerios propios para las infortunadas que explotaban hasta destruir, sino jueces en complicidad directa. Después de la Revolución de 1930 (que llevó al poder al Gral. Uriburu), provocada por la necesidad de purificar una administración corrupta hasta esos extremos, los diputados socialistas Mario Bravo y Alfredo Palacios llevaron adelante una campaña sin concesiones contra la "Polklan" y las otras bandas, para desbaratar la estructura de esa empresa infame.

Esto es precisamente lo que, con el ánimo más comercial posible —demostrado a menudo por el productor Forti Glori—, se llevó al cine en *La malavida*. Muchos desnudos, escenas eróticas, filmaciones pornográficas, balaceas, cuchilladas, sangre y alguna cuota fugaz de romance (entre el padrote principal y su mujer) bastaban como ele-

mentos de atracción para un tema que por sí solo podía inscribirse en lo mejor del "gangsterismo-verdad", con el toque político dado por la inclusión de las fotografías de Palacios y Bravo. Los varios años de prohibición en Argentina de una censura, que estaba celosa de la exposición de porciones de anatomía femenina terminan de desconcertar, pues al ver el filme parecería que lo irritante es la utilización de la imagen de aquellos diputados coronando este marasmo.

El director Hugo Fregonese asienta su fama en la larga temporada transcurrida en Hollywood, de la cual emergió más como "director de artistas famosos" (Shelley Winters, Robinson, Quinn, Fontaine, Stanwyck y otros) que por algún título recordable en su filmografía. De ésta quizá se puedan rescatar *Pampa bárbara* (1944), y *Donde mueren las palabras* (1945), ambas argentinas y dentro de su producción foránea; *Viento salvaje* (1954, un western psicológico ambientado en México, con Gary Cooper) y *Martes trágico* (1954, un thriller). Por lo menos estas últimas lo muestran cual típico artesano hollywoodense, aunque con cierta personalidad.

Pero a partir de 1955, su trabajo pierde toda línea: puede rodar en un país o en otro, sobre el tema para el que se lo contrate, por lo que en sus películas el acento más evidente es cierto exotismo "ad hoc" para identificación instantánea del origen.

En *La malavida* acentuó este último detalle y descuidó algo más importante, como lo son el ritmo, los encuadres, el sentido de la narración paralela, y en fin, las cuotas de elementalidad narrativa que hacen a la coherencia fílmica de lo narrado. De ahí que el resultado, en lugar de suscitar interés en el tema, cuando menos, mantenga al espectador suspendido entre la risa y el desconcierto.

EL DÍA

Breviario

EL PRISIONERO DEL BOULEVARD HAUSSMAN DE AUTOR ARGENTINO EN MADRID

MADRID, 10 de abril, (ANSA).— El prisionero del Boulevard Haussmann del autor argentino Solly Wolodarsky, se estrenó en el teatro Lara de Madrid, tras su exitosa presentación fuera de la capital española.

Manuel Gómez Ortiz, en el diario *Ya*, señala la valentía que implica el gesto de afrontar a Marcel Proust, el genio de la narrativa, en escena. Es lo que ha hecho este autor, esquematizando los diversos aspectos del personaje y su mundo. El crítico considera que Wolodarsky ha puesto en escena sobre todo a una especie de marioneta que recita palabras relacionadas con el autor de *En busca del tiempo perdido*, y no, en cambio, a Proust mismo. En descargo del autor agrega que «el empeño era difícilísimo».

La esquematización muestra a Proust asmático, hipersensible, dependiente de su madre, homosexual, y también al Marcel bien conocido de los grandes salones, amante de la mundanidad más refinada. Pero la obra no profundiza en su tragedia personal. Se queda en lo exterior dejando apenas algunas sugerencias (sobre los males y los tormentos interiores).

La dirección de la obra correspondió a Miguel de Lucena y la interpretación del personaje estuvo a cargo de Martín Ferrer, quien realizó un esfuerzo tremendo actoral, llegando al agotamiento y alcanzando solamente en algunas escenas momentos de actuación sensible y convincente.